

# Tres momentos en la historia de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México

Manuel Gándara Vázquez\*

## Introducción

En este breve texto<sup>1</sup> quiero abordar tres momentos en el trayecto de la formación de antropólogos e historiadores en Chihuahua: primero, el antecedente de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM), la Escuela de Antropología del Norte de México (ENAH del Norte); luego, el proceso del actual diseño curricular, que tuvo lugar hace poco más de diez años; y, finalmente, un breve comentario sobre el futuro a corto y mediano plazo de la EAHNM. Adelanto que se trata más de un conjunto de anécdotas que de una sesuda obra historiográfica. Pero son datos y opiniones que son pertinentes a que, en el futuro, alguien con más conocimientos, habilidades y... ¡tiempo!, intente dicha magna obra.

## La creación de la ENAH del Norte, 21 años antes de la EAHNM: nuevos elementos

En su tesis de maestría, Lorena Talamás (2011) hace un recuento del proceso de creación de la llamada “ENAH del Norte”, basada tanto en entrevistas con personas que estuvieron involucradas como en documentos de la época y publicaciones posteriores al respecto (Talamás, 2011: 98-115; Sariego, 1997). En este recuento se da un merecido crédito a los que sin duda son los fundadores de ese programa, Juan Luis Sariego y Augusto Urteaga, a quienes se les unió poco tiempo después Luis Reygadas (Talamás, 2011:101). Como lector de la tesis, que estaba prácticamente terminada, me parecía importante balancear el relato y destacar el papel que la ENAH había tenido en el proceso, sin demérito, por supuesto de los esfuerzos de sus fundadores y los y las entusiastas exalumnos y exalumnas que participaron. Le agradezco haber logrado incluir, en la versión

que finalmente se presentó a examen, parte de la transcripción de una entrevista que me hizo en junio de 2011 (Talamás, 2011:105-108). Ahí, de manera muy coloquial, relato como se vivió el proceso desde el lado de la escuela. Quedaron, sin embargo, algunos cabos sueltos, así que me parece importante abordarlos aquí en un tono menos coloquial. Y ello puede ser necesario, dadas algunas afirmaciones que finalmente todavía quedaron en la tesis, como la de la nota a pie de página 46:

Paradójicamente, fue la nueva dirección del INAH, para quien la propuesta resultaba novedosa, la que decidió apoyarla. Aunque los directivos del Instituto insistían en otras alternativas para establecer la sede del programa, por ejemplo, alguna localidad de Sinaloa o de Sonora, finalmente se consiguió que fuera la ciudad de Chihuahua (Talamás, 2011:194):

No es claro quiénes o cómo “se consiguió” que el programa se fundara en Chihuahua, ni la aparente “paradoja” de su aprobación. El propósito de la primera sección del presente texto es, entonces, complementar y redondear ese relato muy completo de Talamás, clarificar el contexto más amplio en el que se ubicó esa gestión y, de paso, reiterar el crédito de la ENAH. Esto me parece de justicia, porque fue desconcertante que incluso cuando la ENAH del Norte cumplió diez años, no se nos invitara a participar en la ceremonia respectiva —aunque de inmediato el asunto se aclaró de manera personal con el Mtro. Mendiola, quien en ese momento dirigía el programa.

En cuanto a la motivación para la creación de la ENAH del Norte, la dirección a mi cargo (1985-1989) había propuesto, como parte de su plan de trabajo, hacer de la ENAH una escuela realmente nacional. Ésta era una idea derivada directamente del éxito que había tenido la iniciativa de Teresa Morales y Cuauhtémoc Camarena, avalada por la directora de la ENAH en ese momento, la Dra. Mercedes Olivera, de crear una Licenciatura de Antropología Social en Oaxaca, mediante el Sistema de Educación Abierta. Esa iniciativa la promovió originalmente un grupo de promotores bilingües de Oaxaca, formados para poder enseñar español en escuelas primarias de sus comunidades indígenas. Tal como contaba la historia al respecto de la Dra. Olivera, una representación de estos promotores habían llegado a verla a su oficina para pedirle que les enseñaran a “revertir por la tarde lo que hacemos por la mañana”. Ellos habían notado que, en su labor alfabetizadora en

\* Posgrado en Estudios y Prácticas Museales ENCRYM-INAH. Correo electrónico: manuel\_gandara\_v@encrym.edu.mx

<sup>1</sup> Esta es una versión escrita, con algunas ampliaciones, de mi participación en las Mesas de Diálogo “La Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, a diez años de su fundación”, que tuvieron lugar el 18 y 19 de mayo de 2021. Agradezco a los organizadores del evento su invitación a presentar esas notas de exposición en este volumen.

español, estaban introduciendo factores de cambio en la cultura local: no era solamente la lengua la que estaba impactando a las comunidades, sino la cultura hegemónica, nacional y, de paso, la idea de que, de alguna manera, su propia cultura era deficiente o incompleta: es decir, de alguna manera, inferior. Ellos sabían que la antropología tenía mucho que ver con esos procesos de identidad y autonomía y por eso querían formarse como antropólogos.

Se creó entonces la Licenciatura en Antropología Social Sistema Abierto, que tuvo como sede durante algún tiempo un par de cuartos (que habían sido bodegas) del exconvento de Santo Domingo en Oaxaca. Durante la gestión del Dr. Gilberto López y Rivas (1981-1985), este programa siguió con apoyo y empezó a mostrar resultados muy buenos. Recuerdo que, para cuando yo asumí la Dirección, en 1985, era el programa en Sistema Abierto con la menor tasa de deserción en su tipo: solamente un alumno no terminó la carrera, y eso se debió a que aparentemente lo mataron. Compárese con lo que se consideraba la tasa “normal” de deserción en ese momento en sistemas abiertos, que llegaba a ser del 40% o más.

Animados por este éxito,<sup>2</sup> no solamente dimos apoyo al “Programa Oaxaca”, como a veces le llamamos, sino que lo consolidamos formalmente ante la Secretaría de Educación Pública y decidimos tomarlo como modelo para intentar crear programas similares, fueran presenciales o a distancia, en otros lugares de la República. Pronto encontramos eco en Sinaloa, que en ese momento era el único estado del país que no tenía un Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), lo que creaba algunas complicaciones; en Oaxaca, varios de los profesores de la licenciatura en Sistema Abierto eran precisamente investigadores del Centro —que complementaban el trabajo de los profesores de la ENAH que viajaban periódicamente a Oaxaca para las sesiones de trabajo presencial—. En Sinaloa realmente no había algo equivalente (aunque, por supuesto, había antropólogos trabajando la región).

Nuestro socio allá, entonces, no fue el INAH, sino una universidad local, la Universidad de Occidente, que nos invitó a crear un pequeño centro de investigación en la ciudad de Moctichahui, en el lugar conocido como “El Fuerte”. El centro empezaría dando talleres y cursos sueltos, al tiempo que apoyaba

la investigación regional. Este programa lo dirigió Guadalupe Escamilla y tuvo apoyo de otros profesores de la ENAH. Para finales de 1987 se estaba consolidando y empezamos a pensar en crear un programa de licenciatura en convenio con la Universidad de Occidente. Hubo una discusión sobre la sede, porque nos parecía que Culiacán podría captar más aspirantes que El Fuerte, que era entonces una pequeña comunidad en desarrollo. Por su parte, la universidad creía importante tener una presencia local, lo que es por supuesto loable, así que esa discusión tomó tiempo y finalmente no se pudo concretar durante la gestión a mi cargo.

Mientras ese proceso continuaba, Augusto Urteaga y Juan Luis Sariago estaban pidiendo su cambio de adscripción de la ENAH hacia el Centro INAH Chihuahua. Ello significaba perder para la escuela a dos de sus mejores maestros. Así que mi postura inicial fue de rechazo: para ese momento habíamos logrado atraer media docena de plazas a la ENAH y no íbamos a empezar a perder otras. Luego de muchas discusiones y finalmente una conversación a nivel ya muy personal —eran dos de mis mejores amigos en la escuela— que me permitió entender sus motivaciones ya no académicas, sino personales, los apoyé. Y en esa conversación salió un dato que desconocíamos en la ENAH: que durante una visita del Dr. Enrique Florescano a Chihuahua, le propuso al gobernador en turno que se creara una escuela de antropología por convenio con la Universidad Autónoma de Chihuahua. Se proponía que en ella participasen investigadores del Centro INAH, reforzados por profesores de la ENAH —empezando precisamente por Urteaga y Sariago—. La única condición que el director del INAH puso fue que la ENAH no participara como institución. La relación en ese momento entre la Dirección del INAH y la de la ENAH estaba en un máximo de tensión, por cuestiones que no vienen a cuento aquí; así que quizá es comprensible la postura del Dr. Florescano de querer hacernos a un lado. Pero, por supuesto, eso era inaceptable para la escuela.

La “N” en ENAH no es gratuita: “nacional” se debe a que nuestra escuela es parte de un grupo de centros de enseñanza que recibieron ese estatuto durante las décadas de 1940 y 1950 y que quedó plasmado en una “Ley de Escuelas Nacionales” que, entre otras cosas, da a las escuelas nacionales la capacidad de opinar sobre la creación de programas parecidos en otras instituciones. Es una desgracia que ese texto parece haber seguido la ruta de buena parte del archivo de nuestra gestión, según entiendo, hacia el Archivo Muerto en la Casa de Morelos en Ecatepec. Pero para 1988 esa ley estaba vigente. Y por eso era inadmisibles que se creara una escuela de antropología apoyada por el INAH, pero sin la participación de la ENAH.

Al tiempo que confrontábamos a la Dirección del INAH al respecto, la Universidad Autónoma de Chihuahua “oportunamente” comentó que, aunque había interés en hacer algo conjunto, por el momento no había las condiciones propicias; tampoco fructificó con la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Así, la iniciativa de crear algo en el Norte ahora recaía

<sup>2</sup> Y no sólo se trató de éxito en la eficiencia terminal: estudiantes de esas generaciones pioneras del Programa Oaxaca fueron promotores fundamentales en la creación, en 1986, del primer museo comunitario de Oaxaca, en Santa Ana del Valle, con participación de la ENAH y bajo la coordinación de Teresa Morales y Cuauhtémoc Camarena. Este programa ha tenido un impacto definitivo no sólo en ese estado, sino a nivel nacional y, actualmente, a nivel panamericano (ver, por ejemplo, el sitio web de la Asociación de Museos Comunitarios de América [<https://www.museoscomunitarios.org/redame-rica>]).

en Urteaga, Sariego y el grupo de investigadores y entusiastas de Chihuahua; y en la propia ENAH, dado que este proyecto era congruente con la visión de hacer a ésta una escuela realmente nacional, dando servicio al conjunto del país. Es decir, el proyecto de crear extensiones de esta entidad en el interior de la República existió antes que la iniciativa de la ENAH Chihuahua, no era algo en lo que la escuela oportunamente “se montó”, sino parte del plan de trabajo para nuestra gestión.

Había la evidencia de que esfuerzos similares de descentralizar la formación en antropología e historia eran exitosos: el Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social (CIESAS) creó varias extensiones (como el CIESAS-SURESTE), o El Colegio de México, que promovió la apertura de El Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de Michoacán, entre otros.

Entonces, con ese proyecto en mente, ya no nos dolía “perder” a Urteaga y Sariego, si con ellos se crearía la “ENAH del Norte”. Originalmente se establecería un solo programa, aunque había un gran interés en abrir también la Licenciatura en Antropología Física, que promovían muy activos y activas egresadas y egresados nuestros de esa carrera. La licenciatura que finalmente se concretó fue en Antropología Social.

Para 1989 se había diseñado ya un currículum básico, así como se había reclutado profesores que pudieran impartir materias en formato intensivo viajando a Chihuahua, y se había convocado a los investigadores del Centro INAH Chihuahua. Se contaba con la autorización del Programa en el Consejo Técnico de la ENAH y se promovía el registro de la nueva carrera en la Secretaría de Educación Pública. La Licenciatura en Antropología Social campus Chihuahua tendría garantizado un lugar en los consejos de la escuela (Técnico y Académico, así como el efímero Consejo Administrativo); y, como otros programas de la ENAH, tendría una asignación presupuestal —con las limitaciones financieras que desde siempre han plagado a la escuela—. Lo único que no alcanzamos a hacer, porque nuestra gestión terminó en el verano de 1989, fue inaugurar la ENAH del Norte.

Nuestra última tarea fue hablar con Roberto García Moll, que acababa de sustituir al Dr. Florescano en la Dirección General del INAH. En ese momento García Moll estaba muy receptivo y abierto a iniciativas novedosas y entendió perfectamente la visión de una ENAH con cobertura realmente nacional. Para nuestra fortuna, dio su aval prácticamente de inmediato, porque semanas después la relación con él se tensó: la ENAH había obtenido recursos gracias al Proyecto de “Paquetes especiales de Gestión” (Gándara, 1988-1989), presentado por la escuela a la Subsecretaría de Cultura de la SEP dos años atrás y García Moll propuso que se “redistribuyeran” entre el centro de enseñanza y varias otras dependencias del INAH. Por supuesto, nosotros nos negamos, entre otras cosas porque el paquete incluía 70 plazas para profesores de tiempo completo, que habían sido ganadas por la ENAH a pulso y permitirían abrir concursos de oposición entre los profesores hora-sema-

na-mes que tenían, en ocasiones, más de 10 y 15 años de trabajar por asignatura. Argumentó que la Ley de Funcionarios Públicos le daba la prerrogativa de asignar el presupuesto como creyera prudente; y, a pesar de nuestras protestas, finalmente la “redistribución” la instrumentó con la nueva gestión de la escuela. Pero, como dije, afortunadamente eso no afectó el aval previamente dado para la ENAH del Norte.

La idea de brindar servicio y, a la vez, aprender de nuestros y nuestras colegas en otros estados del país, es una que fomentamos en la ENAH durante nuestra gestión y que seguí sosteniendo ya de regreso a la base como profesor de tiempo completo. Fue así como aceptamos con gusto la invitación de la Universidad Veracruzana a abrir por convenio una Maestría en Arqueología, que funcionó a inicios de la década del 2000: los profesores y los alumnos se alternaban viajando de una a otra sede los fines de semana y en cursos intensivo; así, pudimos formar exitosamente a dos generaciones.

Esta manera de entender la vocación nacional de la escuela no tuvo continuidad. Se cerraron los programas de Oaxaca y El Fuerte; y, adicionalmente, las labores de capacitación y actualización laboral que emprendía la escuela (que incluyeron la creación de un Diplomado para Guías de Turismo durante mi gestión) se sacaron de la ENAH y se asignaron más tarde a la Coordinación Nacional de Investigación.

Aparentemente, también se empezó a crear una distancia creciente entre ambas escuelas: en parte, quizá esto era inevitable, por el costo de hacer traer a los representantes de Chihuahua a las múltiples sesiones de los diferentes consejos (entonces todavía paritarios), así como a las asambleas. A su vez, eso generó tensiones. Pero, por otro lado, le dio la oportunidad a la “ENAH del Norte” de fijar con mayor claridad cada vez su propio rumbo sin gran interferencia (ni apoyo) de la ENAH central. El resto es literalmente historia, la historia que celebramos hoy.

## La reestructuración de 2010-2011

En el 2010, el Director de la ENAH del Norte, el Mtro. Rodolfo Coronado, nos invitó a participar en un grupo de trabajo para reestructurar el plan de estudios, crear nuevas licenciaturas y explorar las posibilidades de crear la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México. Participamos varios profesores de la ENAH e investigadores del INAH como Xavier Lizarraga, José Luis Vera, Erasto Antúnez y otros queridos colegas, que nos integramos a un grupo de profesores e investigadores locales, entre los que estaban, por la disciplina de Arqueología, nuestros queridos Eduardo Gamboa y Arturo Guevara.

Fue un proceso que yo recuerdo con cariño, porque, aunque la discusión a veces era apasionada, nunca se perdió ni el respeto ni el reconocimiento a la importancia de la diversidad —cosas que de repente se nos olvidaban en la ENAH—. Fue también un proceso ágil: en una rápida sucesión de sesiones

de trabajo intensivo se pudo contar con el diseño curricular de las nuevas licenciaturas, de las que aquí me referiré, en particular, a la de Arqueología, que es la comisión en la que me tocó participar.

Pero antes relataré lo que fue una discusión central y que se compartió en el diseño de todas las licenciaturas —y que, en cierto sentido, hacía eco a las discusiones que habíamos tenido 22 años atrás—: ¿hasta qué punto el que el nuevo currículum debía ser especializado en el norte o debía aspirar a una formación de corte más universal? El consenso se volcó hacia una formación en la que los conocimientos, habilidades y actitudes que se promoverían deberían ser de suficiente generalidad como para que un egresado de la EAHNM pudiera funcionar adecuadamente no solo en su región, sino en el resto del país y otros ámbitos. Eso, por supuesto, no impedía que estuviera capacitado para aportar en su contexto social local, con énfasis en regiones como la Tarahumara o el trabajo en con los mineros, en donde Sariego y Urteaga habían abierto camino años atrás. Ese balance entre lo general y lo particular era nuestra meta.

Se decidió crear cuatro carreras: Antropología Social, Arqueología, Lingüística y Antropología Física (¡por fin!). El enfoque, sin embargo, sería interdisciplinario y holístico. Debería continuar también con una orientación de trabajo aplicado, recuperando el éxito que la ENAH del Norte había tenido en insertar a sus egresados en diferentes instituciones estatales y empresas privadas. Se abrieron dos posgrados: Antropología Social y Antropología Física, quedando para otro momento evaluar si hubiese mercado también para las otras dos especialidades.

Pasando ya al ámbito específico de la Arqueología, la comisión acordó trabajar con miras a lograr sólida base teórica, actualizada, que diera cuenta de las principales polémicas de la disciplina a nivel mundial. Se evitaría una formación teórica a partir de una sola posición. Esta formación teórica debía estar acompañada de una rigurosa formación técnica: el programa debería lograr arqueólogos y arqueólogas hábiles en la prospección de superficie, excavación y análisis de los materiales obtenidos, e incluso, tener cuando menos una formación inicial para la divulgación y promoción de la defensa del patrimonio. Estas habilidades generales estarían focalizadas en términos del tipo de sociedades características de la región, así como de la clase de materiales con los que se enfrentarían los y las egresados. Es decir, deberían tener conocimiento de las sociedades de cazadores-recolectores, agricultores incipientes y sociedades tribales y complejas que habitaron la región —y extender su alcance a la arqueología histórica—; y tener habilidades para trabajar en contextos rupestres, de sitios a cielo abierto y poblados construidos con tierra, entre otros tipos de contextos.

Seguramente la delimitación de contextos tuvo que ver con el hecho de que compartíamos a grandes rasgos una misma manera de concebir a la Arqueología, que descansa en la

formación que la ENAH nos había dado. La indudable y notable experiencia de nuestros colegas del Norte enriqueció, con la sabiduría lograda en incontables temporadas de campo, el aspecto regional del programa. En general, como dije antes, fue un proceso de diseño curricular armónico; y, por lo mismo, muy disfrutable y memorable.

## Hacia el futuro: la descentralización de la investigación y la docencia en antropología e historia

Es indudable que las funciones sustantivas del INAH (la investigación, la conservación, la difusión y la docencia) han estado por mucho tiempo centralizadas. La creación de los originalmente regionales Centros INAH (dado que no atendían a un solo estado, sino a una región), bajo la gestión de Guillermo Bonfil, fue un primer paso hacia una descentralización, que avanzó cuando estos centros se instauraron en todos los estados de la República. Pero, si bien algunos alcanzaron a llegar a una masa crítica de investigadores, restauradores y personal de museos, lo cierto es que el panorama es muy desigual cuando se comparan las diferentes regiones del país. Y, en lo que toca a la docencia, fue solamente en Chihuahua que se atendió esa función sustantiva.

La descentralización de la docencia no fue entonces una tarea liderada por el INAH: ha sido encabezada por esfuerzos locales como los de las universidades de Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, Morelos y otras, que siguieron los pasos de las de Veracruz y Yucatán y crearon programas propios.

Por eso, los aportes de la ENAH del Norte y la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México son doblemente meritorios: han ampliado el alcance de la docencia y la investigación en esta parte del país. De hecho, Chihuahua en su conjunto es líder internacional en varias temáticas, como por ejemplo la conservación de la arquitectura de tierra; los estudiantes de la EAHNM han podido nutrirse de esos pioneros y especialistas. Con la creación de la unidad de Creel se dio un paso más en este proceso de descentralización: la escuela abre nuevas oportunidades de formación en áreas que antes se veían sólo como casos de estudio o fuente de informantes: generar antropólogos capaces de analizar críticamente su propia realidad inmediata, nutridos de un conocimiento íntimo de esa realidad, se antoja muy promisorio y congruente con una antropología descolonizadora. Entendemos que los problemas de desplantar y mantener ese programa son muchos en un contexto en el que los recortes presupuestales, por un lado, y la situación de violencia social, por otro, imponen restricciones. Creemos que, no obstante, ha sido un acierto y debe evaluarse con miras a su consolidación.

Viendo ahora en mi “bola de cristal”... ¿qué otras tareas veo en el futuro inmediato?

## **Sin duda, la más importante es consolidar la estructura administrativa de la EAHNM**

Como en otros casos, en el INAH creamos unidades administrativas como si se tratara de sacar conejos del sombrero de un mago, y luego resulta que no existen formal ni presupuestalmente. Al separarse de la ENAH, la EAHNM queda, en cierto sentido, desamparada, porque al no estar formalizado su estatus legal, la que avala los títulos sigue siendo la ENAH (al menos en la fecha en que estas palabras se pronunciaron en mayo de 2021). Algo similar puede decirse de las contrataciones y el ejercicio de presupuestos. A diferencia de la llamada “ENAH del Norte”, que era la “Licenciatura de Antropología Social del norte”, estaba legalmente constituida en nuestro organigrama. El caso de la EAHNM no es en absoluto el único: muchísimas direcciones y departamentos no tienen existencia legal, porque se crearon después de la regularización del organigrama de 1988-1989, a raíz de la publicación de la nueva Ley Orgánica de 1986. Este tipo de problemas se hizo muy notable en las sesiones del “Grupo de trabajo para la elaboración del Reglamento de Ley Orgánica”, que operó entre 2016 y 2017 y que fue la base del reglamento aprobado a principios de este año (2021). Me parece que éste es el problema más importante que enfrentar en el muy corto plazo. Bajo las condiciones de la llamada “4T” (que yo traduzco como “la cuarta tijera”), será una empresa difícil, me imagino.

## **Hacer crecer y consolidar el posgrado, ampliando la oferta educativa**

Habrá que ver si existe a nivel regional demanda para los posgrados de Lingüística y Arqueología: con la creación de licenciaturas en esas áreas en la región centro-norte, es factible que se pudiera convocar a egresados de esos programas. Otra posibilidad es la de la creación de posgrados conjuntos. Aunque las distancias en el norte son enormes, las nuevas posibilidades de educación virtual vía teleconferencias por Internet abren interesantes posibilidades.

## **Trabajar en conjunto con las otras dos escuelas del INAH**

La pandemia nos ha mostrado que las teleconferencias ya son suficientemente estables y asequibles como para utilizarlas cotidianamente incluso cuando se determine el regreso a la labor presencial. Eso permitiría a la EAHNM enriquecer y diversificar su oferta de cursos, dado que su planta docente es pequeña; y, a las otras escuelas, aprender sobre el trabajo que se realiza y toda la experiencia desarrollada en la región. Antes, lograr algo de ese tipo requería pagar traslados y viáticos, así como utilizar formatos de clase intensivos que no siempre son una buena solución pedagógica. Yo estoy seguro de que, en mi actual escuela, la ENCRYM, por ejemplo, llevar una optativa

sobre conservación de patrimonio en tierra sería una opción atractiva, que puede además permitir unir esfuerzos al Centro INAH, la Zona Arqueológica de Paquimé y a la EAHNM. Y habría muchos otros ejemplos en áreas de estudio de la EAHNM y, recíprocamente, de la ENCRYM.

## **Demandar a las autoridades las condiciones dignas de trabajo**

Ésta no es una tarea exclusiva de la EAHNM, por supuesto: afecta a las tres escuelas del INAH. Es increíble y absolutamente reproducible que pueda haber profesores de asignatura que tienen años, a veces décadas, de trabajo como hora-semana-mes, sin que pueda haber posibilidades de basificación. De hecho, de un tiempo acá incluso se ha recortado la temporalidad de los contratos, a fin de que no generen antigüedad. Pero, en vez de mejorar sus condiciones, ahora se les considera (al igual que al resto del personal del INAH) “servidores públicos” y se nos obliga a todos a llenar una declaración patrimonial e incluso —de manera inaudita— a tomar cursos obligatorios de capacitación sobre ética laboral y temas similares. El número de plazas congeladas en el INAH indica con claridad que reforzar al Instituto no es una prioridad de la 4T. Pero tampoco podemos generar recursos propios y usufructuarlos: cualquier ingreso a nuestras arcas tiene que ser transferido a la cuenta concentradora y, de ahí, la Secretaría de Hacienda (y las cámaras de Senadores y Diputados) deciden a discreción cuanto nos regresan. La proporción llegó a ser 70% para el INAH, 30% para el fisco, pero en últimos años eso se ha invertido. El recorte del 75% que hubo en el 2020 para el presupuesto de investigación es clara indicación de que las prioridades son otras, como los megaproyectos o el faraónico proyecto Chapultepec, que tendrá un presupuesto similar al del INAH y el INBA juntos y cuya urgencia, pertinencia y relevancia la 4T no logra justificar.

## **Comentarios finales**

Como mis habilidades de psíquico u oráculo son limitadas, dejaré ahí mis predicciones para el futuro de la EAHNM. Junto con el haberles compartido mis remembranzas del proceso de creación de la “ENAH del norte”; y el poder narrar aquí, aunque sea brevemente, la creación de la EAHNM y el diseño curricular general y el de la Licenciatura de Arqueología, me doy por servido.

Cierro estas breves líneas con un agradecimiento por todas las atenciones y las gentilezas que ha tenido siempre para conmigo el personal y los alumnos de la antigua “ENAH del norte” y la actual Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, cuyo cumpleaños número diez gustosos celebramos ahora. Son colegas que estimulan siempre una conversación productiva y respetuosa; son anfitriones y anfitrionas de una gran generosidad y amabilidad. Ha sido un placer y un

orgullo colaborar con ustedes a lo largo de los años; espero que esa colaboración pueda continuar en esta nueva etapa. Saben que cuentan conmigo para siempre...

### Agradecimientos:

A los organizadores del coloquio y editores de esta publicación y, en particular, a Rodolfo Coronado y Blanca Martínez, les agradezco su invitación a participar y luego su paciencia para la entrega de este texto. Al Comité Ejecutivo de nuestro Sindicato de Profesores Investigadores de Investigación y Docencia del INAH, su patrocinio para el evento. Y, al Posgrado

en Estudios y Prácticas Museales de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, las facilidades para participar en él.

### Referencias

- Gándara, M. 1988-89. Paquetes especiales de gestión. Cuadernos de Trabajo de la ENAH. ENAH. México, D.F.
- Sariego, J.L. 1997. La Licenciatura en Antropología social de la ENAH Chihuahua. En: *Inventario Antropológico*, 3, pags.451-467.
- Talamás, L. 2011. La ENAH-Chihuahua: ¿antropología para qué? Tesis de Maestría en Antropología Social. CIESAS/ENAH Chihuahua. Chihuahua.

